

**CESAR HERRERA CABRAL:
SEMBLANZA DE UN DOMINICANO ILUSTRE
1910–1988**

Por Dr. Manuel de Js. Mañón Arredondo

En ocasión de cumplirse el primer aniversario del sentido fallecimiento del Lic. César Herrera el 3 de diciembre de 1989, y quien fue el antepenúltimo director de la Biblioteca Nacional, esta prestigiosa casa de cultura, ha programado una serie de actividades en honor a su memoria. Y se me ha honrado al seleccionarme como charlista invitado para disertar sobre la vida y obra del desaparecido compañero académico. Cuyo ejercicio fue el magisterio de historiador, periodista, divulgador del libro, de la conferencia o de la charla amigable.

Por otra parte, le agradezco la gentil invitación al amigo Dr. Antonio Fernández Spéncer por su deseo expreso para disertar esta noche en torno a la vida de “Don César” llamado así cariñosamente entre sus íntimos y allegados. Para nosotros será difícil en el breve instante desde su nacimiento en el eglófico y patriarcal valle de Baní, seguir los pasos de su fecunda vida de periodista, historiador, la de hombre público y ciudadano ejemplar.

El espíritu de César Herrera fue tan limpiamente sincero, que toda actividad banal o adulatoria contaba con su inmediata repulsa. Si estuviera vivo entre nosotros, y lo calificaríamos de “Maestro” acaso habría rehusado ese calificativo con gesto huraño, puesto que los hermanos Herrera son enemigos de las ponderaciones a sus altas cualidades ciu-



dadan, aunque son ampliamente reconocidas en todo el país.

Todavía está pendiente recoger la vasta producción de César Herrera de sus múltiples artículos y ensayos, que aún están dispersos y datan de su mocedad. Además, los múltiples premios y distinciones oficiales, y honoríficas de instituciones nacionales y extranjeras que fue objeto durante su vida, como fruto de su esfuerzo y la tenacidad de su talento. Sin contar con su fervorosa dominicanidad trasuntada en sus escritos. Ni mucho menos comentar emocionados su conducta en la vida privada como ejemplar padre de familia, de buen esposo y espejo de virtudes en sus hijos para que fueran dignos amantes de su país.

César Herrera en su larga trayectoria ocupó importantes cargos públicos. Fue gobernador de la provincia de Azua, Director General del Archivo de la Nación, Cónsul en Sevilla, Director del periódico El Caribe, y también ocupó la dirección de la ODC, y la Dirección General de Prensa del Poder Ejecutivo y en otros que huelgan sus menciones. Su paso por ellos fue de alta responsabilidad de liderazgo ejecutivo, de organización, de mansedumbre y trato afable y de limpieza administrativa.

EL AMBITO DE UNA ELITE INTELECTUAL

Podemos afirmar sin equivocarnos, que César Herrera en su paso por la vida dejó una estela de pensador excepcional, y escritor brillante, y de notable historiador. Y quizás uno de los más altos representantes de la inteligencia dominicana que haya dado fruto la República en el presente siglo.

La generación que le tocó vivir César Herrera en plena madurez de su actividad creadora, fue aquella donde se habían encontrado los remanentes de una alta clase intelectual surgida después de los años de la caída del General Ulises Heureaux llamada "La clase formadora de los lineamientos del republicanismo", cuyos máximos representantes aun vivían, entre ellos un Tulio Cestero, Federico Henríquez y Carvajal, Osvaldo Bazil, Eugenio Deschamps, Valentín Giró, Porfirio Herrera, Emilio Morel, Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, Arturo Logroño, Rafael Damirón, Vigil Díaz, Enrique Henríquez y Fabio Fiallo. Esta había penetrado en



conjunción entre los años 1915 con otra del 1940 formada por intelectuales más modernistas y de mayor visión donde se destacaron de manera notable Joaquín Balaguer, Ramón Emilio Jiménez, Carlos Rafael Lamarche, Pedro Troncoso Sánchez, Wenceslao Troncoso Sánchez, Carlos Sánchez y Sánchez, Gilberto Sánchez Lustrino, Julio Ortega Frier, Héctor Incháustegui Cabral, Franklin Mieses Burgos, Manuel Arturo Peña Batlle Sócrates Nolasco, Emilio Rodríguez Demorizi, Max y Pedro Henriquez Ureña, Andrés Avelino, Pedro René Contín Aybar, Domingo Moreno Jiménez, Juan Bosch, Virgilio Díaz Ordóñez, Rafael Díaz Niese, Enrique de Marchena, Máximo Coiscou Henríquez, Flérida Nolasco, Delia Wéber, Celeste Wos y Gil, Lidia Veloz, Leonor Felt, Melba Marrero, Irma Contreras, Ninón de Brower, Carmen Natalia Bonilla, Camila Henríquez y larga sería la lista de nuestra clase de altos quilates de la cultura nacional. Detrás venía naciendo otra joven generación de escritores, poetas y ensayistas entre ellos Virgilio Hoepelman, Mariano Lebrón Saviñón, José Angel Saviñón, Virgilio Díaz Grullón, Enriquillo Rojas Abreu, José Enrique Hernández, H. B. Castro Noboa, Iván Alfonseca, Manuel de Jesús Goico Castro, Antonio Fernández Spéncer, sin contar con las notabilidades periodísticas con figuras como la de Manuel Amiama, Don Félix M. Nolasco, Ramón Marrero Aristy, un P. A. Reyes Vargas, Francisco Prats Ramírez, Rafael Vidal Torres, Tomás Hernández Franco, el joven Rafael Herrera que entonces empezaba a despuntar como una brillante pluma del periodismo nacional, y Juan Bautista Lamarche. De manera que es dentro de esa gran constelación de letras y pensamiento dominicano fue donde se forjó el ámbito de actividades donde se fue destacando César Herrera como periodista, historiador y conferencista. Quizás el mayor fruto de talentos más notables que haya dado el país, y cuyos últimos representantes apenas de ellos superviven unos cuantos. Hoy se nota un vacío extraordinario si la comparamos con aquellas mentalidades que enarbolaron la más alta sapiencia dominicana.

NUESTRA HISTORIA Y EL FACTOR CULTURAL

La historia es quizás el ramo del conocimiento que más



pesado hasta el presente en el complejo cultural dominicano. Las diversas expresiones de nuestra cultura muestran huellas de su fuerte carga manifiestas no solamente en la que sería normal integración de sus componentes, sino también en su presencia en la elaboración de múltiples productos culturales.

El extenso espacio concedido a los temas históricos en nuestras publicaciones, y la habitual apelación a nuestro pasado en actos públicos, y bajo el cuidado oficial en conservar y fomentar el culto a los Próceres nacionales entre otras muestras, fundamentan la apreciación inicial. Y esta cuestión es tan acentuada hasta el punto que parece como si las reminiscencias del pasado histórico dieran la impresión que siempre fue mejor y más glorioso hasta poner en dudas nuestro presente, como algo mal conocido, poco estudiado y peor interpretado.

Si a esta importancia de la historia como factor de nuestra vida cultural señalamos el hecho de que la historiografía es precisamente el cultivo intelectual más antiguo entre nosotros, cabe reconocer sin más demostración la necesidad requerida para su revisión y su estudio sistemático, y la misma historiografía dominicana destacando los rasgos biográficos de los hombres que en distintas épocas fueron sus forjadores y su manera de interpretarla.

¿Cómo se ha escrito la historia dominicana? Por fuerza del análisis la pregunta se diluye en multitud de discrepancias que abarcan todo el quehacer historiográfico; desde las consideraciones de índoles filosóficas hasta las normas de orden estilístico. Su totalidad y su mensaje constituye todavía hoy un conjunto de respuestas no satisfactorias, puesto que aún quedan ideas aferradas a viejos dictados interpretativos de ella, surgida después de la independencia en base a la narrativa y a una cronología de sucesos sin análisis satisfactorios. Existen hechos nacionales aunque reales fueron recogidos por la tradición oral y pasados a nuestra historia como verdaderos y sin discusiones críticas.

Habíamos llegado a la segunda década del siglo XX y todavía seguíamos discutiendo los méritos del santanismo y antisantanismo si era Duarte o Sánchez el auténtico Padre de la Patria y sus indeseables secuelas de exageraciones.



Por otra parte, quedaba la historia anecdótica como una vieja reminiscencia escrita por políticos y escritores metidos a historiadores que hacían literatura sobre temas históricos.

EN EL ARCHIVO DE INDIAS

Había una sensible metodología precaria y rudimentaria. Escasas elaboraciones ideológicas y conceptuales y así, primeramente en aquellos años nació el primer paso a la nueva historiografía, introducida por Fray Cipriano de Utrera y Américo Lugo (1920–1930), condensada en dos rasgos básicos; la obsesión por los orígenes de la conquista, las instituciones eclesiásticas y políticas del período colonial y la idolatría por el documento colonial. Este último elemento era que más supuesta autoridad confería al historiador. Por ese camino siguieron los pasos posteriormente Máximo Coiscou Henríquez, Marino Incháustegui y Emilio Rodríguez Demorizi con la edición monumental de los papeles de los archivos nacionales.

Ya en los albores del 1940 nuestra historia dio un giro de ciento sesenta grados. Se dejaron atrás las generalizaciones interpretativas y las pinceladas magistrales “orteguianas”. Se entraba en los debidos balances para un nuevo estudio de la historia contemporánea dominicana. Apartándose del rutinario acontecer político tradicional y de la ordenación cronológica para abarcar los aspectos sociales, económicos, internacionales, Jurídicos y culturales; es decir, se trataba de una nueva revisión de nuestro acontecer en todas las manifestaciones nacionales e internacionales.

En los aspectos sociales del país se destacaron los trabajos de Sócrates Nolasco, Vetilio Alfáu Durán y Carlos Larrazábal Blanco. En los de historia literaria y cultura Pedro y Max Henríquez Ureña y Joaquín Balaguer.

Sobre el tema del origen de nuestra nacionalidad, de nuestra economía y su dependencia internacional y sus aspectos jurídicos implicados en ella, fueron tratados con una brillantez excepcional, figurando con sus publicaciones dos notables historiadores: César Herrera y Manuel Arturo Peña Batlle.

El primero fue César Herrera, cuando comenzó a destacar el papel internacional y jurídico que desempeñó la Pri-



mera Real Audiencia de Indias fundada en Santo Domingo en 1511. Muchos años anteriores a los estudios del profesor Javier Malagón Barceló, también César Herrera dio una amplia divulgación a las Leyes de Burgos, seguidas de las primeras recopilaciones de las Leyes de Indias y sus aplicaciones en los territorios ultramarinos de España.

Por otra parte, Manuel Arturo Peña Batlle trilló magistralmente sobre el origen del Estado haitiano como secuela económica del contrabando en el Caribe y las consecuencias de las devastaciones del gobernador Antonio de Osorio en los comienzos del siglo XVII. Ambos se especializaron en los asuntos de las deudas y las finanzas dominicanas del siglo XIX y en los estudios de los límites fronterizos dominico-haitianos y sus secuelas posteriores para la futura soberanía territorial dominicana.

Hay algo que es significativo tocar en la vida intelectual de César Herrera y fue su estadía de Cónsul dominicano en Sevilla en la década de los años 1950. Allí realizó la doble misión de diplomático y de investigador donde dio a conocer ampliamente la República Dominicana, y todo lo relativo a su comercio y su industria. Su presencia gozó de alta estima por muchos años en las esferas del gobierno español.

EL INVESTIGADOR

Por otra parte, aprovechó parte de su tiempo examinando los fondos documentales de Santo Domingo en el famoso Archivo de Indias; el centro de estudios históricos que atesora el mayor acervo de papeles oficiales relativos al dominio español en América.

En el Archivo General de Indias, César Herrera trabajó incansablemente por varios años localizando nuevas fuentes de la historia dominicana; especialmente del período colonial y en el Archivo Militar de Segovia los pertenecientes a la Anexión a España. En el de Sevilla revisó nuevamente los documentos dominicanos para evitar un doble esfuerzo de aquello que habían examinado y publicado otros investigadores del país que habían estado allí, entre ellos; Américo Lugo, Máximo Coiscou Henríquez, Fray Cipriano de Utrera y Marino Incháustegui. Pero además fueron muy



significativas sus relaciones intercambiando ideas con los más prestigiosos historiadores españoles y eminentes americanistas, entre ellos con Don Antonio Ballesteros-Beretta, Ciriaco Pérez Bustamante, Cristóbal Bermúdez, Julio Guillén Tato, con los sacerdotes Constantino Bayle, Vicente Murga y Sánz. Este último trabajaba para la Universidad de Río Piedras, Puerto Rico, localizando los fondos documentales de Puerto Rico; igualmente entabló un gran intercambio de fuentes informativas con el Hermano Nectario María-ilustre sacerdote lasallista encargado de la recopilación monumental de los papeles de Venezuela por disposiciones del gobierno de aquel país. Además con la historiadora norteamericana Ursula Lamb que escribía en aquellos años una obra sobre la vida del célebre español Nicolás de Ovando que había sido Gobernador de la isla. También con la investigadora Alicia Gould con investigadores alemanes, entre ellos a Enrique Otte, especialista en asuntos económicos indianos, y con la investigadora holandesa Elisabeth Pupp Gerts quien trabajaba con los papeles en torno a la penetración holandesa en las Antillas Menores. Sólo la mención de aquellos nombres superan cualquier vocablo elogioso de aquellos hombres que eran entonces los representativos de la inteligencia española en el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. No hay persona medianamente versada en asuntos de Historia de América que no conozca aunque de oídas las tareas ingentes de estos beneméritos investigadores.

La cosecha de aquella gran estadía de Herrera por Sevilla fue eminentemente fructífera. A su regreso y luego de terminada su misión oficial, hizo entrega al Archivo General de la Nación veinte gruesos tomos empastados con el mayor acopio hasta la fecha de los papeles oficiales de la guerra de la Restauración tanto españoles como de los partes oficiales dominicanos y que aún permanecen sin publicar y que ninguna institución se haya preocupado por reproducirlos ni divulgarlos. Esa había sido su parte compromisoria que se había comprometido César Herrera con el Gobierno Dominicano.

Para su archivo particular hizo transcribir miles de legajos de nuestra historia colonial, pagados de su propio peculio.



artículos utilizando la forma directa y concretas en sus enfoques.

Poseía una memoria prodigiosa, fuera de serie y una intuición genial en la búsqueda de documentos. Gracia a ella logró localizar en los archivos españoles lo que otros colegas no habían localizado. Por ejemplo; las recopilación documental más completa sobre la guerra del Bahoruco, es algo digno de encomios. Esos papeles inéditos están todavía sin publicar y pondrán en un situual más alto el importante papel político que jugó ese indio quisqueyano. Los datos primogénios sobre los primeros orígenes de la Universidad de Santo Domingo y sobre el origen de la Bula de erección constituyen otras nuevas revelaciones desconocidas hasta la fecha.

César Herrera tenía la virtud del buen trato humano sabio y comprensivo su personalidad acompañada de su gran corpulencia impresionaba a primera vista pero ya en el trato creaba una corriente de confianza y simpatía y en el habla irradiaba autoridad sin imposición, ni en el gesto ni la palabra. Nunca le escuchamos hablar mal de nadie, puesto que su discreción era cabal. Le placía de dar consejos prácticos a quienes lo solicitaban y predicaba dando ejemplos en cada caso. Pues no hay que dudar que el amigo desaparecido conocía a cabalidad las características psicológicas de los hombres del país, como si fuera un psicólogo y el mejor político.

El cultivo de la amistad fue una de sus características. Era amigo de los amigos, por donde pasó, fue dejando una constelación de simpatía cargada de gratos recuerdos, como individuo particular y como funcionario público. Aparte de esas cualidades, era un conversador que cautivaba y había desarrollado una gran vocación de servidor como algo ingénito heredado de sus mayores, era una cualidad innata. También enemigo de las injusticias sociales y atropellos; y cuando ocurrían los sufría calladamente hasta con asco e indignación.

En la vida de funcionario, César Herrera trató por todos los medios posibles de evitar que donde él trabajara surgieran chismes y actitudes disociadoras utilizaba todos los medios de la concordia. En la política ayudó a despejar dudas de muchas personas que fueron acusadas y perseguidas in-



Y hoy constituyen el más rico patrimonio informativo y de carácter inédito sobre la historia colonial de Santo Domingo. Y por su igual la confección de un formidable fichero de datos.

Ese académico ilustre llamado César Herrera Cabral, recientemente fenecido, pasó por la vida en este país como la de un ciudadano excepcional. Desaparecido en el vigor máximo de su talento y representaba en el concepto de cuantos le conocieron como un representativo de la mayor generación de hombres del pensamiento que haya dado fruto la República en el presente siglo.

César Herrera, desde su situar de la Academia Dominicana de la Historia y en todos los cargos de alto funcionario público fue una sólida garantía de capacidad y moralidad. Fue el mejor de los colegas académicos; el más franco, y el más constante investigador en los puntos más difíciles sobre la historia nacional abordando los esclarecimientos de las primeras instituciones civilizadoras que implantó España en nuestra isla, a lo que equivale a decir las primeras del Nuevo Mundo.

Pero el talento de César Herrera fue algo excepcional entre nuestros investigadores por su rapidez y capacidad de elaboración conceptual y la inquietud por el estudio crítico y filosófico de los textos, para determinar la extensión y profundidad de ellos y rápidamente elaboraba un resumen de su contenido.

Era enemigo de las generalizaciones e interpretaciones a la ligera sobre cualquier tema histórico. Prefería la temática separada y concisa, como una parte de un proceso, donde podrían luego surgir otros datos que pudieran cambiar por completo el panorama del asunto tratado.

EL HUMANISMO DE CESAR HERRERA

Poseía un poder de síntesis asombroso y completo como pocos historiógrafos. En dos o tres plumadas magistrales envolvía el concepto de un trozo de historia verídica luego de un examen de los documentos bajo la maceración de su cerebro de investigador. Era cautivamente el don de la exposición en sus trabajos ya fueran en conferencias y/o



justamente de ser antitrujillistas y lo salvó de la muerte o de cárcel, puesto que era un hombre responsable, veraz y sumamente humano.

Su casa fue un faro de luz orientadora en sus días de descanso sabatino. No había ocasión que no tuviera visitas de amigos del interior y de sus viejos amigos que llegaban hasta el lugar acogedor de su biblioteca, por el simple deseo de hablar con él, o consultar alguna actividad que se desarrollara en las prósperas comarcas banilejas y recomendaba medidas de utilidad, como si fuera el amigo una especie de “¡Gobernador Honorífico de Baní”.

Su biblioteca, aunque modesta, en espacio era riquísima por sus obras bien seleccionadas y bajo un ambiente acogedor.

Cuando en los meses de octubre y noviembre del año pasado cayó enfermo, fueron muchas las llamadas a la Academia de la Historia, y al mismo Listín Diario por personas y amistades que preguntaban sobre el estado de salud —y aunque cada día sabíamos que se agravaba—, se les decía que había logrado una mejoría, confiando en que el ilustre miembro académico podría reintegrarse pasado algún tiempo, y volver a sus provechosas labores intelectuales.

Desgraciadamente más que el reflejo de aquella realidad era una piadosa mentira, puesto que apenas si alcanzaba a expresar la triste realidad y éramos incapaces de acomodarnos a la idea de perderle de un modo tan inesperado.

En efecto, al ser internado en la Clínica “Abreu” de esta capital, el amigo dejó su mesa de trabajo en su biblioteca, para entrar en un lecho que no habría de abandonar con vida. Abierto quedó su despacho, con un original de una obra que se proponía a publicar en torno a las universidades de Santo Domingo y La Habana. Abierto se quedó el texto inédito con una cartulina marcando las páginas como si sus ojos hubiesen aún de posarse sobre ellas, y así permaneció hasta después de su muerte. A un lado los cuantiosos cartapacios, entre libros y revistas que llenaban los cajones de su mesa de trabajo.

